

Jerónimo hubo reuniones de cincuenta mil monjes. Fué necesario llevar una existencia maquina y no pensar. «Un religioso—dice la regla de los agustinos—debe dejarse guiar, como una bestia de carga, por la correa de la obediencia».

La austeridad se llevó hasta la loca obligación de mortificarse a sí propio y a rebelarse no menos locamente contra las condiciones de la vida humana, contra la Naturaleza misma. La cosa se llevó a tal punto por el rebaño de los comentadores, que la limpieza se convirtió en vicio, la higiene en crimen y la suciedad en virtud. Siendo el cuerpo profundamente despreciable, había de ser descuidado; el abandono de sí mismo se hizo agradable a Dios: San Antonio no se lavó nunca los pies; San Ammón no se vió jamás completamente desnudo; Silvia, hermosa virgen de diez y seis años, sólo se había lavado los dedos de las manos; Paula y Melania, cuya conciencia estaba dirigida por San Jerónimo, creían que los baños ensucian.

Pero la virtud de las virtudes era la castidad: todo lo que se refería a la unión de los sexos fué reputado horrible; la mujer fué el gran enemigo; debía avergonzarse de su sexo, de su belleza, de su vestido. Apenas fué tolerado el matrimonio. «Más vale casarse que quemarse»—dice San Pablo. San Jerónimo no veía en el matrimonio más que un buen lado: «Producía vírgenes».

Esos lados antihumanos de la moral cristiana han sido vivamente censurados por los protagonistas del utilitarismo moderno.

«Los sufrimientos sin provecho—se lee en *La religión natural*, de Jorge Grote,—las privaciones inútiles que resultan de las prácticas impuestas, como el ayuno, el celibato, la abstinencia de comidas, de los placeres de la sociedad, de la alegría y de remedios durante la enfermedad, la renuncia a la estimación pública, son las bases de esa moral religiosa.

»Vienen después los terrores religiosos, el temor deprimente y atroz del infierno: tal es el estado natural de un hombre perpetuamente fijo en la idea de un mundo invisible. No sin inquietud se abandona a prácticas destinadas a evitar una suerte desgraciada en este mundo, que lleva consigo el temible peligro siempre presente a la imaginación, resultando de tal estado de ánimo una censura constante de los goces legítimos de la vida y también de los deberes de familia y de humanidad por pueriles escrúpulos previos e injustificables remordimientos subsiguientes.

»Además, la religión nos hace detestar a aquellos que, por más prójimos y meritorios que sean, no creen en Dios o no observan las prácticas religiosas. Ese sentimiento conduce hasta el más odioso egoísmo, a la más monstruosa crueldad (abandono de sus padres por los fanatizados, y persecuciones religiosas, las más crueles de todas). La corrupción del sentido moral, la perversión del sentido intelectual, la santificación del odio anti-humano, la aversión al progreso son también males religiosos.

»Con el predominio de la creencia en una cosmogonía absurda, o por mejor decir, en una teogonía, no se fijan las facultades intelectuales en las cosas útiles para la vida, y por la contradicción entre la creencia y la experiencia, se atrofia el sentido científico, o sea la reflexión indagatoria y rectificadora, lo que constituye un perjuicio gravísimo, porque toda la felicidad humana depende de los esfuerzos humanos excitados por la unión íntima de la creencia y de la experiencia. Si una creencia injustificada deprime el ánimo, así también la antipatía creada por el fanatismo religioso deprava el carácter y desarrolla un egoísmo inmodificable e inhumano. En el orden social, la creación de cleros cuyos intereses son opuestos al progreso humano y unidos siempre por sus intereses retrógrados con los «siniestros intereses de aquí abajo», constituye la eterna alianza, frecuentemente tácita,